

Para un mejor aprovechamiento del tema, se recomienda seguir los siguientes pasos:

- Que cada cónyuge realice una primera lectura individual.
- Que, posteriormente, lo lean conjuntamente ambos cónyuges para profundizar en el texto, consultar referencias, poner en común y establecer un diálogo entorno a las preguntas conyugales.
- Que, finalmente, se trabajen las preguntas para el diálogo en equipo preparando así la reunión.

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

III. “UN CORAZÓN NOBLE Y GENEROSO, QUE DA FRUTO” (Lc 8,15): EL CORAZÓN DE LA MADRE

1)	EL CORAZÓN DE MARÍA, EN EL CORAZÓN DE JESÚS	1
2)	EL CORAZÓN DE LA MADRE	2
3)	EL CORAZÓN DE MARÍA, TRANSFORMADO A IMAGEN DE SU HIJO.....	4
4)	EL CORAZÓN DILATADO PARA FORMAR EN LOS HOMBRES LA IMAGEN DE SU HIJO	5
5)	CONCLUSIÓN	5
6)	PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
7)	PRÁCTICAS	7

Hemos visto hasta ahora que en el corazón de Jesús los afectos hablan el lenguaje del amor al Padre y a los hombres. Pues bien, en ese lenguaje de los afectos de Jesús cobra relieve el corazón de su Madre. María juega un papel constitutivo en el corazón de Jesús, y por eso la necesitamos para contemplarlo y adentrarnos en Él. Y María juega, a la vez, un papel *comunicativo* en el corazón de Jesús, es decir, un papel para que el corazón de Jesús pueda donarse a nuestros corazones.

1) El corazón de María, en el corazón de Jesús

“Tomad, mi cuerpo, por vosotros”, dijo Jesús en el Cenáculo. De este modo Jesús nos invita a vivir el cuerpo como lo ha vivido Él: como lugar de donación y de vínculo con el Padre y los hermanos.

“Tomad, mi madre”, añadió Jesús bajo la Cruz. “Darnos su cuerpo” y “darnos a su madre” no pueden separarse. Pues nuestro cuerpo apunta a nuestra madre, de quien lo hemos recibido. Ahí está el ombligo, cicatriz que recuerda nuestra

gestación. Es una cicatriz por fuera que revela una huella indeleble en nuestra identidad más íntima.

De hecho, las palabras eucarísticas de Jesús apuntan a María. La madre está presente en la relación de todo hombre con el Padre Creador (“dando gracias, le bendijo”), y en la capacidad de todo hombre para tener hermanos y amarlos (“tomad, mi cuerpo, mi sangre”).

Tanto en el don del cuerpo como en el don de la madre, estamos en el ámbito del corazón. Recordemos qué es el corazón: ese lugar donde nos abrimos a las relaciones y vínculos que nos dicen nuestro origen, nombre, destino.

De hecho, si Jesús abrió su corazón al entregarse en la cruz, esta entrega incluyó las palabras a la madre y al discípulo amado. Al cumplirse, en la entrega de Jesús, “he aquí mi corazón”, hubo que añadir: “he aquí a tu madre”, “he aquí a tu hijo”. Estas palabras pertenecen a la apertura del corazón, porque se refieren a las relaciones de Jesús, que se expanden ahora a todos sus discípulos. El poeta Luis Rosales, al escribir un recuerdo agradecido de su madre, pudo titularlo: *El contenido del corazón*.

Una consecuencia importante de esto es que lo femenino entra en el orden del corazón de Jesús – en el lenguaje de sus afectos. Los afectos humanos no cuadran sin la polaridad masculino – femenino, en su distinta riqueza relacional: madre-hijo, esposo-esposa, hermano-hermana... Esto es importante tanto para mujeres como para hombres, pues ambos se necesitan si quieren hallar su identidad y encarar su destino.

Hoy resulta difícil entender esta diferencia de los sexos. Urge por eso una tarea: recrear una cultura de la diferencia hombre-mujer, y que esa diferencia no se perciba como opresiva o como limitadora de nuestra libertad. Al contrario, esta diferencia ha de percibirse como apertura de un camino de plenitud a través del cuerpo y de los afectos.

Sin esta cultura de la diferencia se pierde el trasfondo que permite a hombre y mujer comunicarse. Esto da lugar a un fenómeno paradójico. Ocurre que la revolución sexual del 68, liberación radical del deseo, ha desembocado en el “imperio de las normas”, como lo llama el sociólogo Olivier Roy. Cuando falta la cultura que permita vivir naturalmente la diferencia, las reglas son imprescindibles para salvar la libertad en la relación. Del “sólo sí es sí” se pasa enseguida a: “ni siquiera sí es sí”.

¿Puede el corazón de María ayudarnos a crear, desde Cristo, esta cultura de la diferencia?

Vamos a detenernos, en primer lugar, en el puesto materno de María dentro del corazón de Jesús. Después observaremos cómo Cristo, al transmitirnos su corazón enteramente, ha podido también transmitirnos el lugar que ocupa María.

2) El corazón de la Madre

Dentro del corazón de Jesús está María, su madre. ¿Y qué papel juega Ella? Ante todo, le correspondió hacer visible cómo la vida tiene su origen en Dios. Esto es algo propio de toda madre con respecto a sus hijos: darles testimonio, con su

cuerpo materno, de que el Creador es el primer donador. María se colocó de este modo en un lugar estratégico del corazón de su Hijo, cuyo secreto es precisamente el amor del Padre.

El poeta Luis Rosales ha hablado del corazón materno como “primer corazón” del hijo. Esto es verdad literalmente: el corazón de la madre empieza a latir cuando el del hijo todavía no se ha formado. Así la madre atestigua para el hijo que la vida viene de un manantial más alto. Esto hizo la madre de los mártires macabeos: “yo no os he dado el aliento ni he formado vuestros miembros en mi seno; fue el Creador del Universo...” (2Mac 7,21-23). Jesús, en cuanto que tiene un corazón humano, acoge también esta mediación del corazón materno. El corazón de María es el ambiente desde donde Jesús experimenta que su vida viene del Padre.

Además, la madre sigue siendo el primer corazón del hijo durante toda la infancia y adolescencia. Pues la relación con la madre dota al hijo de un apego afectivo básico, que es constitutivo para su identidad. Del corazón materno se pasa a la leche materna y a la lengua materna, que dan al hijo el ambiente para que pueda crecer como persona. En alemán “estar embarazada” se dice: “llevar un hijo debajo del corazón” (“ein Kind unter dem Herzen tragen”). La precedencia del corazón materno actúa también en la forja de los afectos.

Vemos que el lenguaje del corazón necesita la presencia femenina. Dado que la mujer alberga dentro de sí al hijo, los afectos de la mujer asumen ante todo la forma de una “morada”. Los afectos maternos forman ese ambiente originario desde el cual la vida se ve como comunión. Esto es crucial para nosotros, Familias de Betania: gracias al corazón de María, el corazón de Jesús es un corazón familiar y su imagen puede colocarse en el umbral de nuestras casas.

Claro, esta mediación de la madre va siempre unida a la mediación del padre. Ciertamente, el caso de Jesús es singular, pues no hay paternidad biológica de san José. La virginidad de María era necesaria para que el corazón de Jesús se orientara directamente al Padre, como corresponde al Hijo eterno de Dios. Ahora bien, esto no hace a san José menos padre, pues a todo padre compete ser signo de la distancia del Creador, quien es el origen y destino último de la vida humana. San José sigue mediando como padre en cuanto deja espacio al Padre celeste, como todos los padres.

Tenemos, por tanto, la presencia de padre y madre en el corazón humano. Si el afecto materno está simbolizado en el hogar, el paterno lo está en el pan que presta fuerzas y ánimo para emprender la ruta. La madre representa el aspecto de “morada” afectiva, que acoge y asegura la bondad de nuestra presencia en el mundo. El padre representa el aspecto de “camino” de los afectos, para que estos nos encaucen hacia una plenitud más allá de nosotros.

Resumiendo: en el corazón de Jesús está, por tanto, el corazón de la Madre, que revela el origen de Jesús en Dios Padre. Esto seguirá hasta la cruz. Igual que la madre de los macabeos animó a sus hijos al martirio, así la Madre de Jesús anima al Crucificado a entregar su vida por nosotros. La pregunta es, ahora: ¿cómo esta presencia constitutiva de María en el corazón de Jesús se nos puede transmitir a

nosotros? Es preciso para ello que el corazón de María se transforme, al ritmo en que se transformó el corazón de Jesús.

3) El corazón de María, transformado a imagen de su hijo

Para que Jesús pudiera entregarnos su corazón, tuvo primero que transformarlo. En la paciencia del tiempo, que Él había asumido, modeló sus afectos y su querer para que respondieran plenamente a la voluntad del Padre. El culmen llegó en Gethsemaní, donde con sus afectos y su querer humano acogió el querer último del Padre sobre toda su vida: que se entregase por nosotros.

Si Jesús tuvo que transformar su corazón para poder dárnoslo, tuvo que transformar también la presencia en Él del corazón de María. Ella plasmó su corazón según los misterios de su hijo. A esto se refiere la frase de san Lucas: “meditaba y daba vueltas a estas cosas en su corazón” (Lc 2,19.51).

Las bodas de Caná nos muestran este cambio que Jesús propone a María y cómo Ella responde. Si hasta ahora Jesús ha estado sujeto a María, ahora va a ser Él quien rete a su Madre a seguirle. Ella tiene que convertirse, como dijo Dante, en “hija de su hijo”.

En efecto, María indica a Jesús: “no tienen vino”. Según algunos exegetas María no se refería solo al vino material, sino a la falta de vino de la palabra de Dios, que Dios saciaría, como había profetizado Isaías (cf. Is 24, 11: “griterío en las calles por falta de vino”; Is 25,6: “preparará el Señor un festín de vinos de solera”). Jesús responde que traerá este vino, sí, pero de otra forma, cuando llegue su hora: el vino de su sangre derramada. Jesús así invita a María para que transforme su mirada, adaptándose a la mirada de Jesús. Está llamada a ofrecer la vida de su Hijo. Ante esta invitación, María respondió perfectamente: “haced lo que Él os diga”.

Desde aquí surge una segunda conclusión para relacionar el corazón de Jesús y de María. Jesús pide a María que se conforme a su corazón. Si el corazón materno ha dado a Cristo su primer ambiente humano de relaciones, ahora Él va a renovar ese ambiente, de modo que el hombre pueda respirar al mismo Espíritu de Dios. Si en Nazaret y en Belén el corazón de María hizo latir al corazón de Jesús en el ambiente de su seno, durante el ministerio público de Jesús el corazón de María aprenderá a latir al ritmo del corazón de su Hijo.

Hemos dicho que el corazón de la madre es morada y el corazón del padre es camino. Estas imágenes se refieren a la relación de ambos con respecto al hijo. Pero las relaciones masculino – femenino pueden verse también desde la relación esponsal de uno a otro. Ahora el varón aparece como columna, que lleva el peso de la vida. Y puede ser columna porque la mujer le eleva, entusiasmándole. Propio de la mujer, por su parte, es elevarse para captar el sentido personal y bello de la vida. Y puede elevarse porque el varón la sostiene. Por tanto: el hombre sostiene elevándose por la mujer; y la mujer se eleva sostenida por el hombre.

Esta dinámica fue también asumida por Cristo. Varonilmente, Jesús lleva el peso del camino y endurece el rostro para subir a Jerusalén (cf. Lc 9,51). María, entonces, le sigue: puede elevarse con gracia y belleza femeninas porque se apoya en el Redentor. A su vez, Jesús encara su destino porque le lleva y le atrae su Padre, que le ha mandado entregarse por la Iglesia, de la que María es icono. Jesús sube

ilusionado porque en su entrega rescatará la belleza de María, preservándola del pecado; y recuperará la belleza de su Iglesia, sin mancha ni arruga (cf. Ef 5, 27).

4) El corazón dilatado para formar en los hombres la imagen de su hijo

Llegamos así a la cruz y a las palabras de Cristo: “he aquí a tu Madre”, “he aquí a tu Hijo”. El corazón de Jesús, al morir y resucitar, transforma el corazón de su Madre, de modo que Ella pueda mediar la vida nueva a los hombres. De este modo María colabora con Jesús, en cuanto que ha recibido de Jesús su fecundidad de vida nueva, que Ella modula en modo femenino.

Si hasta ahora María ha seguido a Jesús, ahora Jesús va a capacitar a María, desde la cruz y resurrección de Él, para que pueda colaborar en su obra de regeneración. Es decir, primero Jesús, al nacer, recibió de María; luego María recibe de Jesús, siguiéndole, y renovando su corazón en Él; finalmente, Jesús capacita a María para hacerse juntos manantial de vida para el hombre. Podemos resumir los tres pasos que hemos dado diciendo que María, que es Madre *de* Cristo, aprende a ser Madre *desde* Cristo para poder ser Madre *con* y *por* Cristo.

Este es el momento en que se cumple la profecía del anciano Simeón. Él había anunciado en Jesús el “signo de contradicción” ante el que se relevaría lo escondido en los corazones. Pues bien, cuando saca al descubierto el corazón de María, ¿qué hay en él? María ha conservado en su corazón los misterios de Jesús. Cuando la espada atraviese su vida, quedará al descubierto la imagen plena de Dios en el corazón de María. Ella, por tanto, es el punto de vista idóneo, el ambiente adecuado para contemplar el corazón de Jesús y el amor del Padre que allí se revela.

Dicen que una mujer, para ser madre, tiene que aceptar de algún modo ser madre de todos los hombres. Pues no sabe lo que va a nacer de su seno: hombre o mujer, sano o enfermo, dócil o rebelde. En la cruz esta posibilidad concreta se realiza en María. Ella pasa a ser madre de todos los hombres. Ahora bien, siendo madre de todos es madre de uno solo. Pues ella sabe adónde apunta su maternidad: es maternidad que pone a Jesús en nosotros y nos dirige a la unidad en Jesús. Así que María es madre de todos y a la vez madre de uno solo. Es madre de la comunión de todos en Cristo, madre de la Iglesia, madre de toda nuestra familia y de nuestra familia de familias.

María es así la “Iglesia naciente”, al generar el entorno donde nace el nuevo cuerpo de Cristo. De esta forma el corazón nuevo de los cristianos es generado desde los dos corazones que son un solo corazón, como decía san Juan Eudes. San Lucas, para expresar esta participación del ambiente de María en el ambiente de Jesús, ha comparado el corazón de María con una tierra buena que recibe la palabra y, de modo noble y generoso, genera con ella un fruto abundante (Lc 8,15).

5) Conclusión

Al explorar el corazón de María hemos explorado el “contenido del corazón” de Jesús. Y vemos que el corazón de Cristo es un corazón familiar. De Él irradia vida para nuestras familias, como recordó san Juan Pablo II hablando en Paray le Monial: “Sí, gracias al sacramento del matrimonio, en la Alianza con el Amor

infinito del Corazón de Cristo, a vosotras, familias, os es dado desarrollar en cada uno de vuestros miembros la riqueza de la persona humana, su vocación al amor de Dios y de los hombres. Sabed acoger la presencia del Corazón de Cristo confiándole vuestro hogar” (5 de octubre de 1986).

En concreto, el corazón de María nos recuerda que la diferencia hombre-mujer no ha sido superada con la venida de Cristo. Cristo, redentor del cuerpo, es también redentor de la forma dual de vivir el cuerpo, como hombre y como mujer. En el corazón de Cristo y de María se lleva a una altura nueva el lenguaje del cuerpo sexuado y la riqueza que trae a la vida humana. Desde aquí es posible retejer una cultura de la diferencia, que supere el “imperio de las normas”.

Si el varón es camino y la mujer morada, el corazón de María es el ambiente donde entramos para contemplar el corazón de Jesús. Ella meditó en su corazón los misterios de su Hijo, y en la cruz abrió el espacio para que Juan, el discípulo amado, pudiera también “contemplar al que traspasaron”. Desde ese corazón se descubre el secreto último del corazón de Jesús: el Padre. Por eso decimos: “en María, Cristo”. Y: “por Cristo, al Padre”.

6) Preguntas para el diálogo conyugal

- 1- ¿Cómo vivimos en el matrimonio la diferencia sexual? ¿Nos dejamos llevar por la cultura imperante y lo vemos como una limitación, o la experimentamos como fuente de riqueza y plenitud?
- 2- Como Esposa, ¿qué rasgos del varón “como camino” ves en tu marido?
- 3- Como Marido, ¿qué destacas de tu mujer “como morada”?

Después de comentarlo, podéis dar gracias a Dios juntos por el regalo que supone la riqueza de la diferencia sexual en vuestro matrimonio y en vuestra familia.

Preguntas para el diálogo en equipo

- 3- ¿Los afectos humanos tienen que ver con la diferencia sexual?
- 4- ¿Qué papel juegan los afectos de la Virgen María en la formación del corazón? ¿Y los de una madre respecto a sus hijos?
- 5- ¿Qué quiere decir que el corazón de la madre es morada y el corazón del padre es camino?
- 6- ¿Cómo es la relación entre el Corazón de Jesús y el Corazón de su Madre? ¿Qué nos dice esto a nosotros?
- 7- Comenta esta afirmación: María es Madre de Cristo, aprende a ser Madre desde Cristo para poder ser Madre con y por Cristo.

7) Prácticas

Recitar diariamente o semanalmente en familia la tercera serie de Letanías al *Cor Jesu* insistiendo en la petición “¡enséñanos a entregar la vida por los amigos!”